

1888. EL AÑO DE LOS TIROS

Rafael Moreno



JUNTA DE ANDALUCÍA
AGENCIA DE MEDIO AMBIENTE

1888. EL AÑO DE LOS TIROS
RAFAEL MORENO

CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE
DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA.

2ª EDICIÓN

Tipografía

Textos de presentación realizados en tipo Times, cuerpo 12.

Textos de la novela realizados en tipo Óptima, cuerpo 11

Papel

Offset industrial ahuesado de 90/grs.

Encuadernación

Tradicional cosido con hilo vegetal.

Presentación y Apunte Histórico

Fuensanta Coves,

Consejera de Medio Ambiente.

Domingo Prieto

Diseño de Maqueta y Cubierta

Rafael Moreno

Fotografías

Aragón y Archivo Fundación Río Tinto (*Explotaciones mineras*)

I.S.B.N.

84-96329-03-8

Depósito Legal

H-97-2004

Imprime

Imprenta Beltrán

Reservado todos los derechos. No podrá reproducirse ni la totalidad ni parte de este libro, ni reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso del autor/editor: Rafael Moreno Domínguez

*A mi abuelo Domingo (Adolfo),
que me enseñó la importancia de la
lectura...*

1888. EL AÑO DE LOS TIROS
RAFAEL MORENO

Presentación

La conciencia ambiental de la sociedad andaluza y española no nació, como los más jóvenes puedan pensar, a propósito del vertido minero de Boliden ni con la catástrofe del 'Prestige'. En pleno siglo XIX, el sistema de explotación de las minas provocó el nacimiento de lo que hoy se calificaría como un movimiento ecologista: la Liga Antihumista, un grupo activo (agroganadero) que clamaba contra las consecuencias que la minería estaba trayendo a la comarca onubense de Riotinto.

Esta publicación da fe de esos orígenes, descritos en forma de reportaje social novelado que relata fielmente los sucesos acaecidos el 4 de febrero de 1888 en Riotinto, y que pasaron a la historia como uno de los grandes hitos del obrerismo español y la primera huelga ecologista en la historia de nuestro país.

Por ello, la Consejería de Medio Ambiente ha considerado importante reeditar este trabajo en el que el periodista Rafael Moreno, onubense de Cumbres Mayores, pone en evidencia al más rancio caciquismo subordinado al colonialismo inglés,

describiendo unos hechos desgraciadamente poco conocidos en el resto de Andalucía, y cuyo previsible desenlace, a la vista de lo ocurrido en las luchas obreras del XIX y XX, fue la carga a tiro limpio y bayoneta en mano del ejército de Pavía contra la multitud que protestaba en forma festiva contra la quema de mineral al aire libre que producía gases tóxicos sulfurosos. El balance, docenas de fallecidos y desaparecidos.

Los gases de la actividad minera provocaban una niebla densa y una asfixia general, pero ninguna muerte oficial. Estas eran disimuladas bajo el epígrafe “muerte por falta de vida”, curiosa forma de camuflar el desastre. Las calcinaciones de mineral al aire libre trajeron también las primeras lluvias ácidas en la historia de España. El resultado era palpable en la Cuenca Minera de Riotinto: cosechas arruinadas y suelos improductivos, sin olvidar la corta desmesurada de árboles para provocar la combustión del mineral.

Estos hechos nos retrotraen a un pasado afortunadamente lejano, en el que no existían ni la defensa de los trabajadores en los aspectos sociales o de su salud, ni la protección del medio ambiente, y en la que la resolución de los problemas se realizaba imponiendo las tesis oficiales ‘manu militari’. Una etapa afortunadamente superada pero que no conviene olvidar, como parte indisoluble de la historia de nuestra Comunidad Autónoma, y como reconocimiento a aquellos hombres y mujeres que defendieron el derecho a la vida propia y a la de su entorno natural.

Fuensanta Coves Botella
Consejera de Medio Ambiente



Estación de ferrocarril de Nerva

«La manifestación que concluyó en tragedia obedecía a las reivindicaciones laborales de los mineros -entre las que se contaba el descuento de la mitad o un tercio del jornal los días de manta, y el grupo de los antihumistas, un amplio espectro social perjudicado por el sistema de beneficio en los campos y los problemas de insalubridad para las personas»...

Apuntes sobre el marco histórico
de los humos de Huelva

«Salió el Gobernador al balcón una primera vez y preguntó a los trabajadores si estaban de acuerdo con su jornal. Contestaron que no. Volvió a salir y dijo que vería al director de las minas y que al día siguiente sabría el resultado. Los trabajadores dijeron que estaban parados hacía tres días y que deseaban saber el resultado cuanto antes. Volvió a salir una tercera vez, con el Teniente Coronel del Regimiento de Pavía, y el pueblo, creyendo que iba a decir algo, se quedó callado como en misa. Después ocurrieron las desgracias.»

(El Socialista, 10 de Febrero de 1888)

Comienza ya a ser bien conocida la primera fase del asentamiento del capital extranjero en la cuenca minera onubense durante el último tercio del siglo XIX. La atracción de algunos de sus temas específicos, desde la propia idiosincrasia de la presencia inglesa, que llegó a comportar un proceso de aculturización allí donde fue más intensa, a las grandes transformaciones económicas o su repercusión en el mundo obrero, han motivado desde muy pronto el interés de los investigadores. Pero, sin lugar a dudas, el problema de Los humos de Huelva, tal y como se plasmó en las discusiones de Cortes sobre el proceso de calcinaciones de mineral al aire libre, las teleras, y los trágicos sucesos del 4 de Febrero de 1888, el año de los tiros, han constituido desde siempre el centro de mayor atención. Historiadores, médi-

cos, políticos, periodistas... ya se acercaron al tema en el siglo pasado, que no escapó a la Diputación Provincial de Huelva, y ya en la sesión del 3 de noviembre de 1887 solicitaba al Ministro de la Gobernación la supresión de las calcinaciones al aire libre:

«La Diputación Provincial de Huelva, por acuerdo de fecha de ayer, ha decidido elevar a V.E. las sentidas quejas de los pueblos que se encuentran notablemente perjudicados en sus vidas y haciendas por el sistema de calcinaciones al aire libre, empleado para la explotación de las minas de pirita de cobre, que existen dentro del territorio de la Provincia».

Más recientemente, los trabajos de Gil Varón, Avery, Flores Caballero y, sobre todo, Ferrero Blanco se han preocupado tanto de los problemas del mundo obrero en la minería, como del marco demográfico que mejor los explica. Pero no sólo la aproximación proviene del mundo de la investigación. La literatura ha tenido una intensa fuente de inspiración en los sucesos de Riotinto y, aunque se relaten acontecimientos posteriores a 1888, aquel año está siempre presente en la creación literaria. Lo está en los versos de José María Morón y Juan Cobos Wilkins; en *A cielo abierto*, de Félix Lunar, o *El metal de los muertos*, de Concha Espina; o lo está en el guión cinematográfico, que se basa justo en el 4 de Febrero, *Los dioses extranjeros*, de Juan Cobos Wilkins y Manuel Garrido, como este libro que presenta Rafael Moreno.

Pero para explicar en un contexto más amplio los humos de Huelva y dar más sentido al nuevo libro de Rafael Moreno, tal vez sea preciso, con la concisión que requiere esta presentación, situar en la coyuntura mundial, nacional y provincial los sucesos de Riotinto.

1870, una nueva coyuntura mundial

El año de 1870 señala para el occidente europeo un punto de inflexión tan expresivo que ha sido considerado por algunos sectores historiográficos la bisagra entre una Alta y una Baja Edad Contemporánea. En efecto, se inicia entonces un periodo —el comprendido en-

tre 1870 y 1905, aproximadamente— que posee una gran unidad interna y unas claras y explícitas conexiones.

Nos hallamos ante la época del despliegue imperialista, de las grandes presiones, de la expansión colonial, pero también del despeque de los grandes movimientos obreros y del asentamiento de las bases culturales que llegarán a alumbrar el siglo XX.

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, han culminado las unificaciones nacionales de Italia y Alemania. Tras la guerra franco-prusiana, accederán al rango de grandes potencias Alemania y Estados Unidos, desbancando al binomio hegemónico anglo-francés. La victoria prusiana, además de alterar la geografía política europea, trajo consigo consecuencias económicas de mayor trascendencia, sin duda. El carbón alsaciano y el hierro de Lorena iban a posibilitar el salto —de las Islas Británicas al continente— del «gran taller del mundo». Surgirá así la próspera industria alemana que, partiendo de cero, sin inhibiciones tecnológicas, asumirá la nueva orientación de la industria siderometalúrgica y, sobre todo, de la novedosa industria eléctrica y química. Mientras tanto, la Inglaterra de 1870 conoce un envejecimiento de su industria, que de revolucionaria, poco a poco, se convierte en tradicional.

Así las cosas, los papeles económicos europeos se trastocan. Comienzan a debilitarse las diferencias tajantes entre una Inglaterra industrializada, que vende sus productos sin sombra de competencia, y un continente, con unas bases económicas fundamentalmente agrícolas, que exporta, sin ningún tipo de trabas, sus materias primas a las islas. Su reflejo en la política económica viene marcado por el paso del librecambismo al proteccionismo. A ello contribuirán, además, el abaratamiento de los transportes y de los costes de los productos. El abaratamiento de los transportes fue decisivo. Sus hitos pueden señalarse en la sustitución del velero por el vapor; la apertura del Canal de Suez; la ampliación del ferrocarril que, significativamente, de delimitar fronteras va a caracterizarse por traspasarlas; la extensión de la navegación fluvial; etc. Estos hechos coinciden con la crisis agrícola

europaea provocada por su incompetencia de precios ante la llegada de productos agrícolas ultramarinos —pensemos como ejemplo en los cereales rioplatenses y norteamericanos—. Era un motivo adicional para la implantación de barreras aduaneras.

Se demostraba, en síntesis, que la lejanía no sería en adelante un factor de protección de las economías nacionales.

El camino abocaba más y más a la consecuencia bien conocida del colonialismo. La economía europea precisaba con urgencia nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados, cuyo único control posible habría de ser el militar, con las secuelas del mercantilismo-imperialismo, en lo económico, y de la aparición de los poderosos grupos de presión de carácter económico y político, en lo social.

Es el nuevo pulso burgués que, como señalara Vicéns Vives, va a dar cuenta final en estas décadas al complejo sistema de valores renacentistas, sustituyéndolo por un utilitarismo más acorde a sus nuevas circunstancias. La incidencia del advenimiento de las masas, de los «hechos de masas» según la expresión de Labrousse, sin duda, matiza notoriamente este panorama socio-cultural, cuya manifestación más expresiva, y cronológicamente variable según los distintos países, la constituye el paso del concepto «artesano» al concepto «proletario».

El trasfondo ideológico y filosófico del marco histórico escuetamente descrito va a caracterizarse por el replanteamiento de la teoría de la sociedad como teoría del progreso. Los sectores progresistas de la Ilustración afianzaron «la noción de progreso según la cual éste aparecía como un ideal ético para el futuro, aparte de ser una afirmación de hecho para el presente». Las primeras formulaciones que trataron de sistematizar una teoría general de esta retórica afirmación proceden de la filosofía de la historia—Vico, Herder, Hegel—, pero sería la nueva ciencia sociológica, a través de autores tan diversos como Comte, Proudhon, Marx, Engels o Spencer, quien encontrará la expresión más compleja —y más convincente para algunos— para la teoría del progreso. Aunque las diferentes explicaciones diverjan fundamentalmen-

te, en todas se halla explícita la posibilidad nada remota de enunciar las leyes que gobiernan la confianza en el progreso de la humanidad.

En España este marco coincide con la Restauración: desde la Restauración de la monarquía borbónica (1874) en Alfonso XII hasta la subida al trono de su hijo póstumo, Alfonso XIII, en 1902, tras la regencia de la reina María Cristina de Habsburgo. Son años de alguna mayor tranquilidad en la vida del país, aunque los acontecimientos de muy variado signo se multiplican: el fin de las guerras carlistas; la estabilización política hábilmente montada por Cánovas, con un turno bipartidista ficticiamente electoral, en cuya atmósfera la pobre economía nacional se ve aliviada por el desarrollo de dos áreas de industrialización, la textil catalana y la metalúrgica vasca; sin olvidar que de ultramar siguen llegando beneficios hasta que, en 1898, Cuba, Puerto Rico y Filipinas dejan de ser las últimas colonias españolas para entrar en la órbita de un nuevo gigante, Estados Unidos. La hacienda ha de organizar ajustes y sacrificios para la nueva crisis, con las quejas de la periferia española más desarrollada -y cada vez con más fuerza política y cultural- y del mundo obrero, que se organiza en partidos y sindicatos. En la época, a esta acción obrera se le denominó la «cuestión social»: las reivindicaciones de la clase trabajadora industrial y, en menor medida, campesina, al principio de signo anarquista, pronto también socialista, como factor de agitación ante el asombro y la represión del mundo burgués.

En el mundo de la cultura, España atraviesa por una edad de plata. La creación literaria sube en cotas de calidad, desde la generación de la Restauración, con la gran novela realista, hasta la promoción joven, de una estética renovada, -la denominada del 98- con la peculiaridad de no circunscribirse sólo a la lengua castellana. La *Renaixença catalana* da plenos frutos en las letras y en las artes con la eclosión del modernismo.

En Andalucía el proceso descrito tiene su lógico parangón. Con la peculiaridad importante de que esta periferia es en un amplio sentido ajena a los procesos de modernización e industrialización. Es más,

en algún caso el suelo andaluz no es sino una extensión europea del colonialismo dominante, un tercer mundo en las fronteras del primero.

Tal vez por ello, los movimientos sociales en la Andalucía de la Restauración cobraron dimensiones intensas y desconocidas. Aparecen y se consolidan las dos grandes corrientes sindicales que liderarán el movimiento obrero: la colectivista y anarquista de la FTRE, más tarde absorbida por el anarcosindicalismo de la CNT, y la socialista de la UGT y el PSOE. Las graves dificultades económicas de la década de los ochenta y los primeros años de los noventa, que radicalizan los fuertes contrastes de las clases sociales andaluzas, y la creciente eficacia de las organizaciones obreras desembocaron en graves conflictos. Los sucesos de la Mano Negra; la masacre del año de los tiros, en Riotinto; o los asaltos campesinos, en Jerez, no sólo son un exponente de la gravedad de la situación, sino que, al tiempo, llegarán a tener repercusiones en la política del estado y en la misma política sindical, obligados sus dirigentes, por la inusitada dureza de la represión, a dar un nuevo giro en sus organizaciones.

La Huelva de fines del siglo XIX

En muchos sentidos, la Huelva "añorada" de nuestros días es la creación de un particular desarrollo del siglo XIX. El punto de partida hay que situarlo en la creación de la Provincia y el establecimiento de su capital desde 1833. La concentración de servicios gubernamentales y el impulso de las nuevas instituciones atrajeron los hombres y los medios que sentaron las primeras bases de ulteriores transformaciones. Sin embargo, la nueva capital continuaba siendo entonces un mínimo enclave apenas diferenciado de otros pueblos de la Provincia.

Los primeros síntomas del despegue onubense comienzan a percibirse desde mediados de siglo. La población de la capital, superados los efectos trágicos de las oleadas del cólera morbo (1833 y 1855), inicia un ritmo de crecimiento hasta entonces desconocido: de los 7.000 habitantes de 1833, se pasará a 11.200, en 1861; 13.000, en 1879; 17.677, en 1895; y 28.892, en 1911. La provincia también se ve afec-

tada con un ritmo algo menor: 139.450 habitantes, en 1850; 174.391, en 1857; 210.447, en 1877; 254.831, en 1887; y 260.916, en 1900. Este cambio de ritmo se fundamenta en profundas transformaciones económicas, cuyos motores son las minas del Andévalo y el puerto de Huelva. La llegada de capital extranjero, fundamentalmente inglés, en los años setenta, supondrá el revulsivo final.

La alta inversión exterior en el sector minero onubense tuvo como primera consecuencia la sistemática explotación de los recursos que traducen las propias cifras sobre producción y exportación, que recogen diversos autores de la época, entre ellos Braulio Santamaría. De esta forma se contribuyó a nivelar la balanza de pagos, al tiempo que se estimulaba la renta y la demanda interior. La infraestructura de comunicaciones que hoy poseemos, incluidas las instalaciones portuarias, quedó dibujada en esencia por entonces.

Sin embargo, no se produjo una paralela capitalización de los recursos, como ocurría por ejemplo con la siderurgia del País Vasco. En consecuencia, el sector industrial resultó beneficiado sólo en parte, puesto que las fases de elaboración y producción de los acabados metalúrgicos, con el consecuente mayor valor añadido, se realizaron en otros países, sobre todo en la Gran Bretaña.

Las respuestas a una encuesta sobre la reforma arancelaria planteada por la Cámara de Comercio y la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Huelva resumen perfectamente los efectos económicos de tales inversiones. En la provincia la renta de la tierra aumentó en esos años, así como la población, que registra el crecimiento más alto del país (con un 22 por ciento en la provincia y un 37 en la capital). Los salarios, tanto de la minería como de la agricultura, habían subido en torno a un 50 por cien a lo largo de la década de 1880. Pero, al mismo tiempo, se hacía constar la ausencia casi absoluta de industrias de consumo y de productos de la minería.

La estructura social refleja consecuentemente estas modificaciones, hasta encontrarnos con el esquema clasista y liberal tan característico de aquella Andalucía. La grave restricción al acceso de la

propiedad, reforzado por el proceso desamortizador, cuyo máximo exponente es el latifundismo, y la poca eficacia de otras alternativas económicas, fracasada en parte la revolución industrial, a pesar de las inversiones del capitalismo europeo en el suelo provincial, hicieron de Huelva una inmensa reserva de asalariados y proletarios.

Así pues, ni el cambio operado en las esferas de poder, ni el capitalismo tuvieron la virtud de resolver las graves secuelas del paro, el hambre, el analfabetismo y las tensiones sociales, que, a veces, estallan en un conflicto tan grave como el de 1888, “el año de los tiros”. La manifestación que concluyó en tragedia obedecía a las reivindicaciones laborales de los mineros -entre las que se contaba el descuento de la mitad o un tercio del jornal los días de manta, y el amplio grupo de los «antihumistas», un amplio espectro social perjudicado por el sistema de beneficio en los campos y los problemas de insalubridad para las personas.

Bajo otras consideraciones, superados los problemas iniciales, los onubenses comienzan a identificarse con la Provincia, facilitando una más sensible participación en la vida política nacional. Lo prueban el asentamiento de los partidos políticos y los sindicatos obreros. Pero tal vez los mejores ejemplos de esta toma de conciencia política se hallan en el protagonismo local en el proceso revolucionario de 1868; las iniciativas que consiguieron concentrar en Huelva los actos oficiales de 1892; o, en fin, el conjunto de reivindicaciones laborales, económicas, sociales y políticas que subyacen en el conflicto de 1888, motivado por las calcinaciones al aire libre en la producción minera.

A pesar de las dificultades, Huelva parece despertar de un secular letargo, de un analfabetismo que alcanzaba a todas las condiciones sociales. A mediados de siglo, se pasará a contar, desde 1880, con una infraestructura escolar mínima en cada una de las poblaciones de cierta importancia. La capital puede ser todo un modelo y, aunque como señalaba Braulio Santamaría, “en este ramo de la instrucción pública... queda un largo camino por recorrer”, se cuenta ya con un Instituto de Segunda Enseñanza, una Escuela Normal de Maestros, una Es-

cuela de Artes y Oficios y el número de escuelas públicas se eleva hasta seis, además de otras tantas privadas. Funcionan cuatro imprentas; los periódicos locales se multiplican: La Provincia, El Correo de Huelva, El Liberal, El Obrero...; se dan funciones en dos teatros; la ciudad crea nuevos servicios y se adecenta con sus edificios más emblemáticos. Santamaría destaca dos: el muelle embarcadero de Riotinto y el Hotel Colón.

Domingo Prieto García

Mateo Alias apuraba aquella mañana a la entrada de la mina la que quizás iba a ser su última copa de aguardiente. El lo sabía. Andaba levantado desde las tres aunque su turno no entraba hasta las seis y no había podido conciliar el sueño. Los humos de la fundición quebraban la madrugada, tensa, afilada como la sombra de un cuchillo.

Esa noche de febrero de 1888 había estado en el prostíbulo de la esquina del Ayuntamiento antes de irse al desván que le servía de habitación y de imprenta clandestina a la vez. Pero la visita que había hecho a la Perla, una prostituta alegre venida de Madrid, no le sirvió de mucho. Todo lo contrario, se fue con su hombría resentida y murmurando que a los 50 ya uno no da para mucho y más cuando te han estripado las fuerzas en las galerías inglesas.

Mateo observaba con sus pequeños ojos azules el trasiego de mineros por las calles. Y lo que era peor, comenzaba a notar el olor a milicia que provenía de los barracones de madera que habían situado detrás del Ayuntamiento. No en vano allí pernoctaban 200 efectivos del Regimiento de Pavía. Hasta le dio tiempo a pensar qué pintaba un medio cubano-catalán en Minas de Riotinto. No acertaba a componer quién le había enviado allí para mantener a raya a los ingleses.

Desde su llegada a la aldea no cayó bien en la Río Tinto Company Limited. El gordo ojeador de la empresa, encargado de depurar tan sólo con la mirada todo atisbo revolucionario o pensamiento social-anar-

quista, lo caló desde el principio. Aún así, como era un buen maquinista y de esos había pocos, logró meterse en la inglesa en 1887.

Sus primeros días fueron un desastre. No descubrió entre los 557 mineros de su turno alguien con ideas fijas. Todos trabajaban por una limosna y agradecían con hasta 12 horas de trabajo los 14 míseros reales que cobraban por jornada. Tan mal vio el asunto que Mateo pensó en regresar a Cataluña y anunciar a su organización que allí no había nada que hacer.

Pero decidió quedarse. El accidente mortal de un mozuelo de 13 años, al que se le cayó encima una piedra de 4.000 kilos, le espoleó el orgullo.

Paco Real, nombre del infortunado, fue enterrado en el mismo sitio donde murió: una sima de 200 metros de profundidad. La empresa se negó a rescatar el cadáver porque era muy costoso. Y encima no iba a servir de nada. Así que allí mismo le hicieron la misa. Con cura, monaguillos y un crucifijo de cobre. La comitiva fúnebre bajó aquella misma tarde a la galería 17 y procedió a honrar al difunto. Sus cuatro hermanos, todos menores de edad, su padre, un tísico sesentón, y su madre, diez años más joven que el padre, no llegaron a ver el maltrecho cuerpo. Lo impedía la enorme piedra que se iba a convertir en su inesperada tumba.

El cura rezó una larga y triste salmodia en presencia de varios cientos de mineros que aprovecharon el entierro para descansar y echar un cigarro en recuerdo de Paco Real. Los descansos, aunque fueran eternos, eran bien recibidos por los que seguían vivos.

Al terminar la lectura bíblica, Mateo se decidió a hablar:

Así acabaremos todos.

Nada más. No prosiguió. Hubiese sido fácil encender el ambiente de la galería con el muchacho de cuerpo presente.

Por qué no lo hizo. Mateo era hombre de fácil palabra y mejor oído.

Por eso no tardó en darse cuenta de que el cura en su homilía pedía a los mineros resignación. Mateo pensó que eso sólo lo podía pedir un amigo de los ingleses y la involución.

No se equivocó. Cuando salió ese día del tajo, el gordo ojeador le hizo una primera advertencia:

Aquí se viene a trabajar.

Mateo Alias llegó al desván. Llenó el bidón de agua fría y se limpió el tizne que cada día le pelaba un milímetro de piel. Cuando acabó, cogió su pluma y comenzó a escribir una larga arenga. Las palabras le fluían solas y todas conducían a levantar el odio contra el explotador.

El manual del buen anarquista se lo sabía de memoria.

Catorce cuartillas escribió la noche siguiente al entierro del joven. Y las guardó dentro del ridículo colchón de lana que le servía de reposadero y que él mismo había engordado con las plumas de una decena de gallinas que encontró en el basurero. Cosa rara, pues allí se aprovechaba todo.

A las cinco de la madrugada ya estaba despierto. Alias dormía con un ojo abierto. Su experiencia, grabada a base de palizas ordenadas por los patronos, le aconsejaba dormir poco y rápido, como si el tiempo se le escapara de las manos y peligrara la consecución del día en que la revolución se hiciera una realidad. Lo había leído en los libros, las revoluciones nacen de ellos.

Media hora después entró en la taberna. Desayunó un vaso de agua caliente con achicoria. Y después, aguardiente. Para lavar las tripas, decía el cubano-catalán.

La veintena de mineros que alternaban en aquel antro, calentados por la borrachera acumulada de toda la noche, se atrevieron a dirigirle la palabra.

Qué quisiste decir con Así acabaremos todos.

Alias le largó en un momento medio manifiesto comunista y aturdió a los obreros con decenas de frases sacadas de las revoluciones prece-

dentes. Pero cuando entró en materia dieron las seis y la sirena rompió toda esperanza de conseguir los primeros colaboradores.

Mateo había empezado a tejer la madeja. A partir de ahí sabía que el camino estaba abierto. O lo que era peor, ya no tenía posibilidad de vuelta atrás.

El tabernero se encargó de relatar al gordo ojeador cada palabra, cada frase pronunciada por Mateo a los mineros. Estaba vendido.

Era tarde para cambiar. Mateo estuvo todo el día buscando adeptos en el fondo de la galería. Y los encontró.

En su turno aceptaron a muchos forasteros que como él no tenían nada que perder, sólo el trabajo. Los lugareños eran los más remisos a seguir sus consejos. En el pueblo había un miedo enfermizo a las proclamas de los forasteros.

Mateo había dado el primer paso: destapar el ambiente, caldear la sangre de los tiznados mineros y expandir el olor a trabajos forzados que se respiraba en toda la explotación.

Sabía como moverse. La semilla que estaba sembrando no tardaría en germinar. Bastaron dos meses de trabajo para juntar un nutrido grupo de colaboradores que obedecían al pie de la letra las consignas de Alias.

Era un líder. Lo había sido de pequeño en su barrio de La Habana y luego en la Barcelona de finales del siglo XIX.

En la mina de Riotinto iba a volver a marcar historia. Lo que Mateo no se imaginaba era que esta vez todo sería mucho más difícil.

La Compañía no sólo era una empresa. Era sinónimo del poder establecido y manejaba a su antojo la política provinciana de aquella época. Tenía a jueces, parlamentarios y gobernadores en su nómina.

A finales de 1887, Míster Winterly anunció que se marchaba a Londres. El director general de la Río Tinto Company Limited dejaba el negocio en una situación inmejorable. Para la Compañía, se entiende. La empresa producía más mineral de cobre y derivados que todas las minas de Chile juntas. Incluso podía competir con la gran industria germana.

Así que Winterly no dudó en regresar a Inglaterra. Atrás dejaba una larga lista de logros económicos. Pero también una interminable letanía de víctimas: cientos de obreros despedidos, otros tantos lisiados y un sinfín de huérfanos y viudas cuyos maridos y padres habían muerto en la mina asfixiados lentamente o aplastados por piedras de 3.000 kilos como la que enterró a Paco Real.

Dejaba pues Winterly el terreno bien abonado para la revuelta.

La Río Tinto Company Limited no tardó en enviar un sustituto a tan importante bastión de riqueza.

Una tarde de enero de 1888 llegó a la mina Spencer Feyton, su esposa, Maryanne, y su hija Lissa Marie, una muchachita de 20 años que contribuyó a levantar la libido del gentío masculino nada más bajarse del carruaje que los transportó a aquel lugar remoto, demasiado lejano de su Liverpool natal. Aunque el humo y el olor a azufre le hicieron recordar el paisaje inglés al que pretendían volver cuanto antes.

La entrada de Feyton fue como se esperaba: La de un virrey colonialista saludando a sus súbditos. Hasta se permitió el lujo de dar una vuelta en el coche de caballos para contemplar sus dominios mientras las familias de los trabajadores y ellos mismos le rendían pleitesía saludándolos. Por supuesto, el gordo ojeador iba con ellos. Hacía las veces de presentador. Tras él nadie le advertía: Recuerda que sólo eres un hombre no un dios.

Una vez llegaron al Ayuntamiento, el alcalde y el jefe del Regimiento de Pavía, el cura y las fuerzas vivas de la localidad le presentaron sus cartas credenciales y prometieron sumisión a sus designios. Naturalmente no los vio la plebe.

Feyton ni siquiera agradeció el gesto. Sólo se dedicó a sentarse en el trono que le acababan de ofrecer. Desde aquel día sus deseos iban a ser entendidos como órdenes. Era la fuerza del poder, la convicción de la riqueza y la razón del dinero.

Mateo Alias, que había asistido inpertérito a aquella representación que más bien recordaba la entrada del César en Roma, vio en el rostro de Feyton una acidez insondable y una tozudez extrema que sin embargo no le hizo pensar en lo que se avecinaba.

Alias fue informado por sus colaboradores, una especie de incipiente comité social revolucionario, de los sucesivos fracasos de las huelgas en la comarca. En la mayoría de las ocasiones fueron simples conatos muy mal organizados a los que rápidamente la Limited Company ponía fin con la expulsión de los mineros que más se habían destacado en su oposición al status establecido por el poder inglés. Ni tan siquiera durante el gobierno republicano de 1873 habían cuajado las mejoras laborales y sociales que pedían los mineros.

Spencer Feyton ocupó su cargo pasada la festividad de la Epifanía. Su despacho en la Compañía tenía tintes tan austeros como su rostro, una cara demasiado ahorrativa. Más bien parecía que el uso de la maquinilla de afeitar y el jabón de barbear iban a influir a la baja en el balance final de cuentas, sagrado para el inglés.

Los muebles, los mismos que adquirió su antecesor en el cargo, oscuros y con un olor a madera impregnado ya por los humos que asolaban la comarca y que se cargaron hasta la carcoma que empezaba a hacer mella en la deliciosa caoba. Encima de la mesa colocó un gran retrato de su mujer.

A su hija no se le veía ni en pintura. Tal vez porque no quería invitar al pecado a aquel personal tan sucio que se movía entre las galerías, las

tabernas hediondas y los prostíbulos. Qué pensarán mis colegas si a mi hija le echa el guante alguno de estos mineros, murmuraba en inglés.

A su espalda, un gran ferrocarril, el primero de la historia, que había puesto en polvorosa el despegue industrial británico, espoleado por la máquina de vapor. Y a su derecha, una bandera de la Gran Bretaña. Los pocos que lograron entrar en su despacho comentaban que la insignia aún tenía restos de sangre pegada en los pliegues inferiores. Por lo visto perteneció a un hijo suyo muerto en acto de servicio en el estado hindú de Maharashtra, en la ciudad de Nagpur.

Este secreto de conciencia desvelaba su cara oculta, una sombría sensación de venganza que le corroía por dentro y que no dudaría en descargar contra aquel que le opusiera resistencia.

Y bajo la mesa, junto a un cajón secretero que guardaba celosamente una pistola de pólvora flamenca, una botella de whisky, escocés, aunque odiaba a los clanes. El, ante todo se consideraba un patriota. Tenía claro que no sólo se hacía imperio guerreando en el campo de batalla. Era más efectivo contribuir a llenar las arcas, aunque para ello se hubieran de vaciar las de otro.

A este templo imperial llevó una noche Mateo Alias uno de los panfletos que había redactado en su desván una de esas frías madrugadas de invierno en las que el candil alumbraba la tenue luz lunar que atravesaba los cristales como conciencia espinosa. Claro está, el decálogo reivindicativo llegó a su destino clandestinamente, cosa que irritó y ofuscó a Spencer Feyton.

A partir de ese momento puso precio a la cabeza de los osados redactores del documento obrero. En esos instantes recordó la sentencia que un juzgado inglés había dictado contra un periodista al que acusaron de simpatizar con el movimiento anarquista que desde 1847

trataba de abrirse camino en los núcleos industriales europeos. Cárcel para el libelo.

Feyton leyó el decálogo, calificado por él mismo como escandalosamente revolucionario e intolerable.

Los obreros solicitaban que no se le descuenten los cuartos y medios jornales cuando no pueden trabajar porque la manta de humo de la cocción del mineral se lo impide, supresión de las multas, reducción de las catorce horas de trabajo hasta las diez horas, sistema de indemnización para el accidentado y sus familiares, supresión del descuento de una peseta que se hacía para asistencia médica, relevo del jefe del departamento de minas (el gordo ojeador) y por último la prohibición de la calcinación del mineral al aire libre.

La última petición iba a ser un clamor en toda la comarca a partir de ese momento. La calcinación del mineral al aire libre en un horno con forma de prisma estaba provocando la primera catástrofe ecológica de la pseudo revolución industrial en la España del XIX.

Las calcinaciones, aparte de incrustarse en los pulmones de los trabajadores, estaban aniquilando la masa forestal de la Cuenca Minera, los campesinos se quedaban sin trabajo al destruirse sus cosechas y los terratenientes estaban perdiendo su influencia social en beneficio de la Río Tinto Company Limited, que se convertía así en la única generadora de empleo en la Huelva de finales del XIX.

El campesinado unió sus protestas a la de los mineros e hizo suyas las reivindicaciones de éstos.

Mateo Alias no tardó en aprovechar el descontento popular y trasladar una de sus ya calificadas células revolucionarias a los campos de la zona.

Las proclamas comenzaron a surtir efecto y la masa obrera respondía cada vez más a la convocatoria de asambleas, casi siempre clandestinas aprovechando alguna boda o fiesta social. De esta forma, a nadie extrañaba ver grandes grupos de obreros compartiendo mesa y aguardiente.

Spencer Feyton tenía también colaboracionistas. Y todas estas tentaciones revolucionarias no escapaban a su conocimiento. Espoleado por la contestación social de las calcinaciones de mineral, acosado por las órdenes gubernativas que sistemáticamente incumplía con la aquiescencia de la autoridad provincial onubense urdió un metódico plan, digno del boom que estaba teniendo en la época la prensa escrita. Utilizaba sí, miméticamente, el arma obrera culta por antonomasia, la imprenta, sólo que esta vez el invento de Gutenberg iba a servir para convertir la mentira en hecho noticioso y la manipulación en teoría de obligado cumplimiento.

Tras varias reuniones, todas presididas por la bandera ensangrentada de su despacho, logró convencer a otros consorcios mineros para lanzar a la calle un periódico.

‘La Verdad’ pasó a denominarse la nueva cabecera que iba a inundar de papel toda la Cuenca Minera, adicta de por sí a la lectura y desconocedora, de momento, del trasfondo de aquella irónica voz.

Feyton se trajo un director, aconsejado por Mister Winterly, catalán, digno seguidor de la escuela de la mentira y un verdadero profesional del embaucamiento.

Federico Asensio se llamaba este hombre que había estado a punto de convertirse en letrado gracias a la influencia de su padre, un rico industrial catalán.

Asensio sacó a la calle el primer número de La Verdad en enero. Sus primeros escarceos no desvelaron el objetivo de su salida sino que se dedicó a convertirse en notario de la vida social y dar fe de los numerosos actos sociales y de beneficencia que, naturalmente, subvencionaba la Río Tinto Company Limited.

Hasta le sucedió una anécdota curiosa a este Asensio.

Una de las noches que había visitado el elegante prostíbulo de la esquina del Ayuntamiento, impulsado por las necesidades corporales que le imponía su soltería, no cayó en la cuenta de que allí había un periodista de su propio diario. El redactor, al que llamaban ya el Vasco, por su apellido, Goyoaga, andaba metido en faldas con una fulana de buen ver que acababa de llegar y tenía fama de poco usada.

Asensio clavó los ojos en la joven y descargó sobre ella libidinosamente miles de pensamientos. Cuál no sería la intención del director del periódico que empezó a sudar con tanta pasión que tuvo que avisar a la dueña del prostíbulo para que le prepararan un baño. Terminada su pulcra petición, bajó de nuevo al salón de citas. Allí estaban aún la joven, encaramada a los hombros del Vasco, y el redactor.

Ya no pudo esperar más. Requirió de inmediato la presencia de la señora del lugar y, tras meterle en las enaguas un sobre con muchos cuartos, la obligó a secuestrar a la joven de los brazos de Goyoaga. Este, al darse cuenta del tejemaneje, propinó tal guantazo a Asensio que incrustó dos muelas de éste en una banqueta de corcho. El tabernero de la casa de citas dio tanta importancia al altercado que desde aquel día colocó la banqueta de corcho en el expositor de bebidas caras, a la vista de la clientela, que miraba atónita las muelas del agredido director, valioso trofeo viril.

Al día siguiente, Asensio acudió a la Redacción por primera vez. Los siete periodistas inclinaron la cabeza y saludaron a su jefe con miedo.

Hicieron subir desde el sótano a los impresores, acostumbrados ya a trabajar como topos, bajo tierra. Y fue tan jocosos que les dijo:

Alegraos, que ya no volveréis más a ver la luz del día.

No dejaba de tener razón pues los de la imprenta trabajaban desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana del día siguiente. Luego, a dormir, y al levantarse ya era otra vez de noche.

Federico Asensio leyó a los redactores el obligado manual de comportamiento. Uno por uno. Hasta ahora ni siquiera les había mirado. Pero al leerle las órdenes les miró directamente a los ojos, sin parpadear. Y el que no esté de acuerdo, las de Villadiego, dijo a los aturdidos informantes de La Verdad.

Uno a uno les fue comiendo la moral, los arrastró por el fango de la ignorancia y los puso a la altura del betún. Tal lavado de cerebro les hizo aquella mañana que cada vez que iban a pensar lo hacían no con su cabeza sino con la de su director.

Federico Asensio se engrandeció de tal forma que cuando llegó al último redactor estaba ya casi sin argumentos.

Goyoaga levantó entonces la cabeza, se quitó la gorra de cuadros que había heredado de su abuelo, un vasco de Zizurkil, y miró fijamente a Asensio. Hacia sus adentros se había dado por despedido desde que reconoció al director de La Verdad.

Cuando Asensio escudriñó entre la gorra de cuadros a quién pertenecía ese rostro lanzó un grito, su aliento atronó en la redacción dejando ver su amplia dentadura mutilada. No lo podía creer, ante sus ojos estaba nada menos que el verdugo de su hombría: Goyoaga. El mismo que doce horas antes le había ridiculizado ante la distinguida clientela del prostíbulo y le había hurtado el placer de poseer a aquella joven recién llegada.

Se tomó cumplida venganza y despidió de inmediato, a voces, al autor de tan gran ultraje.

El Vasco tardó cinco minutos en abandonar La Verdad, a sabiendas desde aquel momento de que el periódico y sus sustentadores eran los personajes más mentirosos e hipócritas que jamás había conocido. Guardianes de la moral, defensores del pudor y enemigos declarados de los públicos vicios. Luego descubriría Goyoaga que sus compañeros de prostíbulo de aquella aciaga noche de las muelas eran nada menos que la flor y nata de toda la comarca: desde el alcalde hasta el jefe de la

milicia de Pavía, pasando por el golpeado Federico Asensio y el pulcro y metódico ojeador gordo. El vasco se quedó con las ganas de reconocer en aquel antro de putas a Spencer Feyton.

No. Este era un inmaculado inglés, tan celoso de su vida pública que no iba a cometer el torpe error de mezclarse con los clientes del prostíbulo por muy ilustres que estos fueran. Ilustres porque entre los visitantes también estaban dos parlamentarios que acudían con frecuencia a Riotinto a velar por el cumplimiento de la prohibición del Congreso de la quema de mineral al aire libre y por la eliminación de los humos. La pareja de hombres patrios firmaba un papel y se iba con un sobre bajo el brazo repleto de reales, la mitad de los cuales estripaban precisamente en el prostíbulo durante el tiempo que duraba su inspección parlamentaria.

Esa noche, después de que una gran tormenta destrozara la entrada a uno de los pozos de la mina, las calles estaban casi desiertas. Como de pasada, discretamente, varios agentes del Regimiento de Pavía comenzaron a moverse por el pueblo. Y eso que el ambiente era insoporable pues las calcinaciones, lejos de disminuir, habían sido aumentadas hasta la entrada del primer turno, al alba.

Los agentes ocupaban la calle con su extensa figura, pero el frío les obligó a guarecerse en una de las tabernas del pueblo.

Mateo Alias había decidido salir del desván. Estaba harto de escribir proclamas incendiarias y buscaba un poco de compañía. Demasiado tiempo sólo desde que su esposa muriera en un accidente de la hilandería catalana donde trabajaba.

Enfiló la ensombrecida calle y llegó al prostíbulo. Se llamaba oficialmente El Tarariro, según narraban las coplas del Carnaval de ese año que ya se estaba preparando. Sus ojos azules buscaron una vez

más a la Perla, una mujer succulenta que a sus treinta años largos había logrado guardar algo de belleza. Se sentó a su lado. Pidió el aguardiente de siempre. Tras una larga charla notó como una mano le tocaba el hombro. Una sensación extraña, pues hacía años que no recibía la visita en su camisa de franela de una mano masculina sino era para darle una buena paliza y amenazarlo de muerte.

La mano era de Goyoaga. El Vasco le había estado buscando desde que salió de La Verdad. Su olfato de periodista avisado a pesar de su juventud, rondaba los 28, le invitaba a conocer a Mateo. Este, para no levantar sospechas entre la peligrosa concurrencia del prostíbulo, pidió a Perla que se quedara en la mesa y de vez en cuando metiera la mano en la entrepierna del redactor despedido. Ni que decir tiene que éste no hizo ascos a la opereta montada por Alias, quien por cierto esa noche descubrió que entre él y Perla había algo más que amistad. Estaba celoso, aunque no llegó a reconocerlo nunca.

Repitieron copas y permanecieron en el salón hasta las cuatro de la madrugada. Y eso que el turno de Alias comenzaba un alba más a las seis.

El Vasco ofreció a Mateo lo único que sabía hacer: escribir. Bastaba tal cualidad para las intenciones del cubano-catalán.

Alias marchó a la mina a seguir labrando el terreno y dio las llaves del desván a su colega.

Goyoaga se subió el cuello de la chaqueta y dobló la esquina que separaba el prostíbulo de la cabecera de la cama de Mateo.

Se levantó a las dos de la tarde, la hora en la que solían repartir por la comarca el número de La Verdad. El vocero del rotativo, al conocer al Vasco parado en mitad de la calle, se acercó y le regaló un ejemplar a sabiendas de que lo tendría que pagar de su bolsillo, pues el contable no perdonaba una pérdida, maltrato o despiste de un ejemplar del periódico.

El Vasco ojeó con avidez lo que habían escrito sus hasta hace poco más de 24 horas compañeros de trabajo.

No se sorprendió. La imposición de un diploma, la visita de la hija de Spencer Feyton al hospital de Riotinto para hacer entrega de un cheque para mejorar la atención de los enfermos, algunos fallecimientos y dos anuncios: uno para curar la calvicie y otro, curioso, para tratar las almorranas. Este producto se vendió como rosquillas en la Cuenca.

Lo que sí provocó las iras de Goyoaga fue un artículo periodístico firmado por Federico Asensio. Por primera vez, el director tomaba personalmente cartas en el asunto que traía en vilo a toda la comarca: las calcinaciones de mineral. La Verdad aseguraba en defensa del sistema de calcinaciones que era imposible abandonarlo y en caso de hacerlo llevaría consigo el cierre de las instalaciones mineras. Una barbaridad si se tiene en cuenta que en aquella época trabajaban para la Compañía más de 4.000 mineros tan sólo de Riotinto.

Asensio, un verdadero artista del infundio, se atrevía incluso a argumentar que la compra de la explotación por la Limited conllevaba esos "inconvenientes" que sin embargo soportaban otras ciudades del mundo con explotaciones piríticas. Aún faltaba el órdago: Según Asensio, la baja incidencia de la epidemia de cólera que había asolado a gran parte de España y Andalucía había sido provocada precisamente por el efecto limpiador de las calcinaciones y sus emanaciones de azufre.

"De todos es conocido el poder limpiador del azufre", escribía el director de La Verdad.

Goyoaga recortó el artículo y se lo llevó a Mateo Alias.

Este, al salir del turno, no daba crédito a lo que allí se afirmaba.

Las cosas están llegando demasiado lejos. Primero el aumento de la vigilancia en la comarca, después las patrullas nocturnas por las calles y esa especie de toque de queda basado en el amedrentamiento. Y ahora este periódico.

Goyoaga asintió con la cabeza.

Mateo murmuró y luego comentó en voz alta que había que mover el asunto.

La mano de la Compañía era ya demasiado larga. Ambos consideraban probado que en la nómina estaban, al margen de las fuerzas vivas de la comarca, el cura, el gobernador civil de la provincia y los parlamentarios. Muchos y variados enemigos para enfrentarse a ellos sólo con la voz.

Las circunstancias les obligaron a recorrer los pueblos de la zona para buscar apoyos. Y los encontraron en el campesinado de Zalamea, por un lado, y los mismos terratenientes que veían cómo la mina les quitaba cada año más fanegas de tierra, por otro. A algunos no les quedaba ya ni la herencia del abuelo y mucho menos la del padre. El que más y el que menos tuvo que vender para subsistir fincas enteras a la explotación.

Una entrevista entre Mateo, Goyoaga y un aguador llamado Crispulo iba a añadir fuerza a la revuelta social que se estaba gestando.

El bar El Peñisco fue testigo del pacto entre las dos potencias de braceros de la época: los mineros y los campesinos. Los unos, estrujados hasta la saciedad; los otros, sin tierras que cultivar y viendo cómo bosques y cosechas caían bajo los efectos de una lluvia ácida que parecía imparable, otoñal.

Crispulo era hombre de malos modales y desconfiado hasta la saciedad. Escuchaba mal por el oído derecho, por eso siempre se inclinaba hacia la izquierda cuando dialogaba con alguien. Esta especie de manía ponía nervioso a Alias, que no atinaba a contentar la sordera del agricultor y su tremenda parsimonia a la hora de expresarse.

Casi ni hablaron de política. Tan sólo rozaron las pésimas condiciones en las que trabajaban los obreros y la hambruna que comenzaba a hacer mella en el campesinado de Zalamea y por extensión a toda la comarca.

Mateo no acababa de creer al campesino. Demasiada casualidad, pensaba.

Muy pronto iba a salir de dudas. Aquel rudo campesino se dio cuenta de las miradas que se tendían el Vasco y Mateo y decidió pasar a la acción.

Bastó el rezo de unos cuantos textos sacados de una de las primeras ediciones del Manifiesto Comunista, publicado por primera vez en 1848 y en alemán, y traducido por un hermano suyo marinero que había trabajado en Polonia, para convencer a los dos activistas de la lucha obrera.

No se habló más.

La venta estaba cerrada, dijeron en clave de comerciantes para despistar a los posibles oyentes. Sólo quedaba fijar el día y la hora en la que se iba a comenzar la protesta.

Críspulo representaba a los grandes propietarios zalameños, decididos a usar sus apoyos en Madrid para hacer frente a la voracidad minera. Sabían que estaba en juego la continuidad del sistema basado en la servidumbre del campesinado. Y ese feudalismo ancestral, con derecho de pernada incluido, estaba siendo amenazado por la mina, clarividente ejemplo del capitalismo salvaje.

Entretanto, al gobernador civil le habían organizado una visita oficial a Riotinto. Puro formalismo. Su objetivo era agasajar al director general de la Compañía y retomar con éste el control político de la provincia, algo desconcertado desde que Míster Winterly abandonara Riotinto.

El caso es que Don Juan Valverde de Osuna, conocido popularmente como el gobernador, se entrevistó con Spencer Feyton antes de iniciar su visita oficial.

En el despacho, bajo la bandera ensangrentada del imperio ultimaron detalles del reparto de cargos, los cambios de los jefes de la Guardia Civil y las prebendas que habían de repartirse a cuenta de los beneficios que aportaban las temidas calcinaciones al aire libre.

Después se sabría que la empresa pagaba a Don Juan Valverde un impuesto especial por hacer la vista gorda y pasarse por el forro de los pantalones las leyes que emanaban del Gobierno de Madrid, enfascado aquel año en las reformas militares emprendidas por el general Manuel Cassola.

Feyton y Osuna no tardaron en congeniar. Su enemigo era el mismo, la masa obrera. La misma que pensaban envenenada por los anarquistas.

Al acabar la reunión, el gobernador visitó la entrada de uno de los pozos. A los obreros le habían retrasado el relevo del turno para que Osuna los viera limpios y en buenas condiciones y los niños entraron ese día una hora más tarde para no herir la sensibilidad del gobernador. A los mineros que les tocaba salir del tajo los retuvieron media hora en una galería hasta que concluyó la visita de la autoridad competente.

Valverde saludó a los presentes y marchó al Ayuntamiento.

Allí le esperaba el alcalde, Antonio Salmerón, y el jefe del Regimiento de Pavía, llamado así porque siempre eran requeridos para dar golpes de estado, Juan Grandes.

Formalidades aparte, el gobernador, el alcalde y el militar hablaron largo y tendido del clima social. Se mostraron hondamente preocupados pues hacía años que no había tanta crispación en el ambiente.

Lo notaban hasta en las miradas de los villanos. No eran las mismas humildes inclinaciones de hace meses. Tenían claro que algo se estaba preparando. No podía ser otra cosa que una huelga, una revuelta popular.

A los tres no les gustó reconocer que en los informes del militar se consideraba inminente la convocatoria de huelga. Temían que el con-

trol se les escapara de las manos y pensaron mediar ante el tozudo director general inglés.

Al gobernador le despidió aquella tarde el son de una comparsa que preparaba el Carnaval. Ni tan siquiera esa música cambió el rostro de Juan Valverde de Osuna que se marchó a Huelva con semblante rígido.

Le habrá dado una alferesía, o algo parecido, comentaban los ujieres del Ayuntamiento cuando tras hacerle las obligadas lisonjas celebraron por todo lo alto su marcha. No en vano llevaban trabajando tres días sin parar para preparar la visita del representante del Gobierno.

El ambiente carnalero no influyó mucho en la situación pero los obreros y ciudadanos que formaban parte de las agrupaciones se permitían licencias que hace un año ni se les habían pasado por la cabeza.

Piropeaban con ironía a la gorda esposa del gobernador. Más fea que Picio, con la cara repleta de un incipiente maquillaje de color breva y un traje que parecía recién sacado del alcanfor. Hasta dicen que olía a lo mismo cuando se paseaba altanera en compañía de su marido.

El alcalde de Riotinto tampoco escapaba a las iras de los carnaleros. Estos proferían contra él gritos rayanos en el insulto, incluso imitaban sus aspavientos y sus numerosos tics: el del ojo, el monóculo o el labio torcido. Su figura: más bien pequeño, con el pelo engominado y beato servía aún más para caricaturizar su mandato. Caciques, idas y venidas a casa del director de la Company y regalos al gobernador civil eran sus aficiones preferidas. Sin contar sus siempre azarosas visitas al prostíbulo que estaba detrás del Ayuntamiento y que las comparsas bautizaron por este motivo como 'El Municipal'.

Lo único que queda es que las putas nos cobren los impuestos, clamaban entre risas los ya deslenguados carnaleros.

Cual no sería la sensación de revuelta que prendía por todos los rincones de la Cuenca Minera que hasta el gerifalte de la Compañía Minera era objeto y blanco del cachondeo popular.

Pero sin duda, lo que más hirió a Spencer Feyton fue que las coplas maltrataran a la bandera ensangrentada que representaba al imperio y que continuaba día tras día presidiendo su despacho.

A Feyton lo despacharon a gusto durante los preparativos de los carnavales. Lo disfrazaron de cerdo en más de un comentario tabernero y colgaron del malacate a plena luz de día. Verbalmente, claro.

Toda esta desbandada de libertades irritó al inglés hasta tal punto que cogió los papeles con las peticiones de los obreros y las tiró al pozo ciego que estaba junto a la casa. Allí, revueltas entre la mierda, quedaron esparcidas las muchas horas que Mateo y su especie de consejo social revolucionario habían tardado en debatir todos esos puntos que consideraban irrenunciables. No eran las únicas. El libelo había sido repartido por las moradas de más de un chivato.

Las comparsas proliferaron el año de 1888 como nunca lo habían hecho en Riotinto. Cientos de personas se enfrascaron en la tarea de preparar letras y coplas de Carnaval, tejer disfraces y aprender a tocar los instrumentos.

No era más que una tapadera. Las reuniones del Carnaval, vigiladas al principio por los agentes del Regimiento de Pavía, se convirtieron poco a poco en un lugar más para buscar adictos a la causa obrera y abonar el ambiente para que la revuelta fuera lo más numerosa posible.

Esta fiebre del Carnaval se extendió por toda la comarca. A tanto llegó el asunto que las crónicas no han vuelto a recordar un año en el que el Carnaval tuviera tantos seguidores como aquel de 1888. Con la particularidad de que ni tan siquiera se estaba celebrando.

La única que se libró de las iras de los carnavaleros fue la hija de Feyton, Lissa Marie. Sus visitas al hospital de la Compañía, su preocupación por los enfermos y por los niños heridos en la mina la habían convertido en un ángel protector para huérfanos y viudas. El pueblo agradecía, desconfiado eso sí, los desvelos de la joven inglesa.

A los mineros le servía de desahogo verla pasar por las humeantes calles del pueblo metida en el carruaje, aunque siempre llevaba la ventana abierta y la sonrisa a flor de rostro.

Los más lujuriosos imaginaban escenas corporales con Marie, quien a juzgar por los comentarios de las mujeres de los mineros jamás dio escándalo alguno o sensación de tener apetencias sexuales en el tiempo que compartió casa con sus padres. Y que fue poco, porque la muchacha marchaba a Londres con frecuencia para proseguir sus estudios lejos de aquel infierno a donde habían enviado a su progenitor.

En medio del ajetreo carnavalero, Mateo Alias había convertido una de las agrupaciones en una célula revolucionaria. Allí se iba a ultimar la revuelta y entre copla y copla se debatían las estrategias que luego se seguían escrupulosamente para atizar el clima contra la Compañía y los poderes gubernamentales.

Igual que en Barcelona en 1868, pensaba Mateo Alias. Repetir la historia y ya está, se enciende la mecha y a arder. Luego ya veremos lo que pasa.

Iba a tener suerte el líder obrero. Una de las noches que estaban preparando el Carnaval, cuando entraba a trabajar el turno de las diez, la desgracia iba a convertirse en aliada de los intereses de los huelguistas.

Un barril de pólvora, olvidado junto a un candil, convirtió el fondo de la galería catorce en un infierno. Los doce obreros que venían api-

ñados en el montacargas quedaron atrapados entre el fuego y los escombros.

El pueblo se apiñó en la boca de la mina para intentar saber qué había pasado. Pero los militares del Regimiento de Pavía acordonaron el lugar e impidieron, sable en cintura y fusil en mano, que los compañeros de los atrapados accedieran al lugar.

Del fondo del pozo sólo salían gemidos y olor, mucho olor a pólvora.

En el exterior, una masa cada vez más ingente de mineros se agolpaba frente a los militares.

Feyton no dudó en enviar un correo al gobernador civil y solicitarle más refuerzos. Inmediatamente, señor Osuna, rogaba, más bien ordenaba el mensaje.

Al cabo de cinco largas horas de espera en las que hubo conatos de enfrentamiento entre los militares y los obreros, los servicios de auxilio lograron rescatar a la docena de trabajadores de la compañía.

Los de fuera no sabían si estaban vivos o muertos todos o unos cuantos.

Pronto saldrían de dudas. Siete hombres aparecieron semiasfixiados pero vivos al fin y al cabo. Tres de ellos estaban tan ensangrentados que no se les veía ni el rostro. Fueron trasladados inmediatamente al hospital de la Compañía bajo estrecha vigilancia militar. Tan pegados iban los militares que parecían ellos los galenos.

Los dos restantes del grupo murieron. Corrieron la misma suerte que Paco Real, el joven que enterraron bajo la losa que le aplastó.

Cuando confirmaron la noticia, los varios cientos de mineros que estaban congregados a las puertas del pozo guardaron un silencio sepulcral. Aún no habían sido identificados pues la pólvora les quemó el rostro. Así, desfigurados, fueron puestos en el suelo.

Al primero de ellos lo reconocieron por una cicatriz que tenía en el pie izquierdo, producida por la correa de una máquina que le sesgó tres dedos años atrás. Pablo Estiarte se llamaba el infortunado. Había llega-

do a Riotinto hacía seis años desde el puerto de Huelva, donde trabajó como cargador de mineral. Soltero. Ni tan siquiera tenía quien llorara su cadáver.

El segundo fue llevado directamente al cementerio. Allí lo dejaron. A la mañana siguiente, una mujer, que durante media noche se había temido lo peor se atrevió a ir al camposanto. Era Isabel, la mujer de Juancho, un mocetón del pueblo de 32 años que llevaba en la mina toda su vida. Los allegados comentaban que casi nació allí, pues su madre trabajó hasta el día antes de parirle en la galería exterior.

Isabel supo desde el primer momento que su marido había muerto en el accidente pues él nunca se paraba en ningún sitio antes de llegar a casa. Estaban recién casados y ya se sabe... no hay tiempo para otras cosas. El día del siniestro Isabel había comentado a su marido que estaba embarazada.

Al día, el accidente acaeció el 28 de enero, fue el entierro.

Espoleada por la inminencia de la revuelta casi toda la Cuenca Minera se dio cita en el cementerio de Minas de Riotinto. Desde muy temprano llegaron al pueblo mineros de toda la comarca. Hasta en Tharsis pararon las minas de los franceses. Los campesinos también acudieron a dar el último adiós a los fallecidos.

Los mineros de la Compañía se pusieron todos un brazalete negro en el brazo y ordenaron formación como si de un ejército se tratara.

El Regimiento de Pavía era esa mañana más numeroso pues durante la tensa madrugada habían llegado los refuerzos solicitados por Feyton al gobernador civil. Los agentes tomaron las calles desde muy temprano, a caballo. El sable, en ristre.

Los mineros enlutados se encontraron frente a frente con los deudos de los muertos. Sólo Juancho tenía quien le llorara.

Hacía tiempo que no se daba cita tal gentío para honrar a dos cadáveres de obreros. La insolidaridad de años atrás era un recuerdo, para desasosiego de las autoridades.

La comitiva fúnebre llegó a la iglesia en silencio. El templo rebosaba de trajes nuevos, velos y rostros graves. Por supuesto habían reservado los primeros bancos para las autoridades y los personajes importantes. Pero no fue nadie al entierro. El único que ocupó asiento preferente fue el alcalde de Riotinto, quien se pasó todo el sepelio mirando al altar para no cruzar su vista con algún allegado.

El cura tenía prisa, le dijeron que aligerara que los ánimos no estaban para muchas monsergas. Así que el reverendo aceleró la lectura y el evangelio y pidió una vez más resignación con su frase más célebre: “Lo que Dios nos da, él nos lo quita”...

Al acabar la misa de corpore in sepulto la comitiva fúnebre salió de la iglesia camino del cementerio. La lejanía del camposanto desveló a los varios miles de personas que acudieron al sepelio de los dos mineros.

Y eso que uno era soltero, murmuraban las beatas.

Estiarte y Juancho fueron enterrados en nichos contiguos, uno al lado del otro, tal y como habían sugerido sus compañeros, quienes por cierto pagaron los costes del entierro a la funeraria El Descanso de Zalamea, empresa que se encargó de organizar con pompa y boato los actos y que era propiedad de un cuñado de Crispulo, el aguador que había pactado con Mateo y Goyoaga el apoyo del campesinado a la huelga en ciernes.

La familia de Juancho, su mujer y el niño que iba a venir quedaron desprotegidos. La Compañía no preveía indemnización alguna para el accidentado y sus familiares. Precisamente una de las reivindicaciones que Mateo había dejado en el despacho de Feyton al poco tiempo de éste tomar posesión de su cargo.

La Verdad recogió muy brevemente la noticia. Apenas un espacio que en la prensa de la época se llamaba ‘entrefileteado’ ocupó la multitudinaria despedida que los mineros dieron a sus compañeros de trabajo. Incluso dedicó más espacio el periódico a destacar la muerte

“totalmente accidental” de los obreros que al hecho mismo de morir, de la expiración.

No importaba lo más mínimo que no se hubiese sustituido el día del accidente al encargado de recoger los explosivos. Este no fue a trabajar por encontrarse al borde de la muerte. Sufría un infarto en pleno sueño. Aún así, la Compañía tardaría una semana en sustituirle.

El director del periódico redactó un artículo alabando la pronta reacción de la empresa para rescatar a los mineros heridos.

“De lo contrario, las consecuencias podían haber sido más penosas”, escribía Federico Asensio en la primera página del diario. Junto a su firma, el tradicional anuncio del medicamento que curaba las almorranas y el que prevenía la calvicie.

El mortal accidente y las consecuencias que éste estaba acarreado aceleró la reacción política y militar. El gobernador civil, el alcalde y el jefe del Regimiento de Pavía concertaron la entrevista con el director general de la Limited. Antes habían tenido que superar la feroz oposición de Feyton a negociar cualquier cosa que oliera a concesiones.

Los tres mantenedores del orden establecido por el colonialismo empresarial británico consiguieron por lo menos fijar fecha para la cita: Fue el último día de enero de 1888 por la tarde.

A la hora del encuentro la calcinación alcanzaba su apogeo y apenas se veía un rayo de luz en la plaza del Ayuntamiento.

Al edificio consistorial llegaron Juan Valverde de Osuna, traje gris, camisa blanca y una impoluta imagen de recién salido de la barbería; Juan Grandes, uniforme militar planchado con algún defecto, botas negras con el reborde del estrecho pantalón por encima del abetunado calzado.

El alcalde de Riotinto lo tenía todo preparado en el salón de plenos, infrautilizado debido a la ausencia de actos de este tipo. Hacía seis meses que no se celebraba una reunión municipal y las empleadas de la limpieza hubieron de emplearse a fondo para luchar con denuedo con el polvo incrustado en cada pliegue de los muebles de caoba que atribuían al recinto un ambiente serio y justiciero. Tres días enteros tardaron en limpiar la sala para que quedara majestuosa. Tuvieron que fregar los muebles con inventos especiales, fabricados con ceniza de azufre, para arrancar de la superficie las partículas de polvo que provenientes de las calcinaciones se adherían a ellos cada vez que abrían las ventanas para que entrara el aire. Si a estas alturas de siglo se podía calificar como tal aquel derivado eólico que se respiraba en la comarca.

A los empleados municipales les obligaron a ponerse el traje de protocolo. El único para la mayoría de los funcionarios y ujieres que tenían presentable. Por eso esa tarde el olor a alcanfor camuflaba en parte el insoportable hedor a azufre y sulfúrico que colgaba en el ambiente.

El alcalde recibió al gobernador con la parafernalia oficial que acostumbraba. Toques de corneta en la plaza, saludo militar a cargo de 24 guardias civiles añadidos al Regimiento de Pavía y abrazo efusivo junto a la insignia nacional. Juan Grandes se encargaba de que nada fallara para contentar el espíritu nacional de Juan Valverde de Osuna, ávido lector de episodios nacionales, amante de la epopeya de Mío Cid y enemigo acérrimo de Don Alonso Quijano. El pobre, lo que iba a sufrir tan sólo diez años después, cuando el orgullo patrio quedara sometido al antojo norteamericano en pleno Desastre del 98.

Los tres entraron al despacho de Antonio Salmerón. El alcalde advirtió a sus dos interlocutores del clima de crispación que presidía la vida pública de la comarca, que había llegado a su culmen durante las

honras fúnebres de los mineros fallecidos. Salmerón se permitió el lujo, por primera vez, de recriminar al gobernador su ausencia del funeral.

Sabía que se acababa de jugar el puesto. En el pueblo sobran caciques para ocuparlo.

Spencer Feyton se hacía esperar. Era su forma de imponerse a los gobernadores del Estado. Lo sabía. Era conocedor del espíritu nacional de sus tres interesados colaboradores. Pero su soberbia inglesa no entendía de razonamientos y su falta de puntualidad no era otra cosa que una profesión pública de poder basado en el control de la economía provincial y en el despegue económico nacional.

Una hora tuvo esperando el director inglés a sus colegas. Antes de llegar se hizo notar por la calle larga de Sanz que conducía a la plaza del Ayuntamiento, limpia y engalanada discretamente. El alcalde, el gobernador y el militar salieron como resortes a recibirle a las puertas de la Casa Consistorial. Bajó del carruaje de la Compañía y recibió halagos de todo tipo. Preguntas por su esposa, preocupaciones por su bella hija y, en especial, por su padecimiento de ciática, que para inri de su altanería le obligaba a cojear, cojera que camuflaba con grandes dosis de aguante doloroso pero que por contra le endurecían el rostro aún más. Sin embargo, otros pensaban que sufría de estreñimiento, padecimiento que le había provocado almorranas. De ahí el conocido anuncio que publicaba casi a diario La Verdad del producto mágico para curar las hemorroides.

Feyton compensó a sus interlocutores con una flemática salutación y unas palmaditas en los hombros.

Acabado el protocolo de rigor se enfrascaron en el motivo de la cita.

Spencer sabía a lo que iba. Lo primero que hizo fue sacar de una cartera de piel recién engrasada el famoso texto reivindicativo que clandestinamente había llegado a la mesa de su odiado despacho. Este y no otro es el motivo de este encuentro. ¿No?, señores, decía con manos temblorosas.

Salmerón optó por poner en evidencia las condiciones sociales, insupportables y que en cualquier momento pueden traducirse en una revuelta de consecuencias imprevisibles. [Les recuerdo que los trabajadores están perdiendo el miedo y eso es muy peligroso].

Spencer. Atónito, no daba crédito a lo que escuchaba.

Se preguntó si el señor alcalde insinuaba que la Compañía debía aceptar el fin de las calcinaciones, el acortamiento de la jornada laboral y el pago de indemnizaciones sin oponer resistencia.

Salmerón buscaba algún tipo de concesión que por lo menos sirviera para dividir a los obreros, provocar escisiones entre sus filas.

Juan Grandes acompañó aquel diálogo con un seco esto es intolerable. No deseaba dar facilidades a ese grupo de alborotadores. Bastaría con detenerlos, trasladarlos a donde haga falta y quitarlos de en medio. Los demás huirían como conejos. Hasta aquí llegaba su inteligencia. No más.

Juan Valverde de Osuna dejó claro a las primeras de cambio que la fuerza no se podía cuestionar. La decisión de traer hasta aquí un batallón de guardias civiles y parte del ejército regular destinado en la provincia es suficiente garantía para no dejarse amedrentar por unos cuantos cientos de obreros, socialistas, anarquistas o lo que sean. Además, hay carta blanca para actuar según se crea oportuno. A nadie habrá que rendir cuentas.

El único que propuso algún viso de flexibilidad fue el alcalde de Riotinto, aunque efectivamente lo que pretendía era asegurar su puesto, que iba en consonancia con la paz social del pueblo y también con el apoyo de las fuerzas militares, por un lado, políticas, por otro, y de la Compañía.

Feyton humeaba. No podía tolerar que un grupo de desalmados convirtiera esta comarca en un núcleo de revueltas constantes. Eso no hay empresa que lo resista y mucho menos la orgullosa Company. Las condiciones de trabajo y el pago de jornales son los precisos para man-

tener las incontestables cifras del balance. Y a todos nos gusta ganar cuanto más mejor. No es así, preguntó tras su soliloquio.

El gobernador y el jefe del Regimiento de Pavía no dudaban en apoyar las consideraciones del inglés por lo que sólo quedaba la hipocresía de Salmerón para conseguir alguna mejora de la situación.

La noticia de la reunión de los jerifaltes corrió como la pólvora entre los mineros. No así el motivo. Para unos era una más de esas tediosas visitas de la autoridad que venía a cobrar sus honorarios, cosa que hacía cada vez con menos pudor.

A la plaza del Ayuntamiento, también conocida como plaza de la Constitución, fueron llegando mineros sin turno y campesinos sin nada que cultivar.

Feyton se asomó a la ventana del Consistorio y miró despectivamente a la plebe. Veán, dijo el inglés. Qué quieren, que ese grupo de harapientos nos marque a partir de ahora las normas en la Compañía. Qué sería de la industria, señores. Hay que dar un escarmiento y yo estoy dispuesto a hacer ningún tipo de concesión.

Salmerón movió su silla y siguió los pasos de Spencer. El alcalde no fue tan descarado y tal y como acostumbraba utilizó un cristal con visillo y celosía para vigilar a la muchedumbre. Era su sistema. Había encargado un juego de celosías y ordenó que colocaran una a cada ventana de su despacho para vigilar los movimientos de los villanos. Como si no le bastara con la legión de caciques y chivatos que tenía distribuidos por todo el pueblo y que sólo se conformaban con un vaso de vino o aguardiente aguado. No más.

En estas estaba el grupo cuando Feyton quiso zanjar la reunión con una amenaza. Si hacemos alguna concesión mañana querrán más. Este será el principio y el fin y nosotros no hemos comprado esta concesión minera para tener que hacer frente a un ejército de harapientos. (Disfrutaba con esta palabra. Le encantaba pronunciarla en público. Era para él como una seña de identidad). Y si ustedes no son capaces de asegu-

rar el funcionamiento de la explotación minera tendré que llevar el asunto a Londres.

El gobernador civil no quería problemas políticos. Juan Valverde de Osuna sabía que si el director de la Company ponía en entredicho el orden en la comarca, Madrid tomaría cartas en el asunto. Su puesto estaba en peligro. Así que Osuna desplegó toda su sabiduría para agradecer al inglés. Comprometió su palabra en asegurar el orden y la ley, prometió más fuerzas si llegaba el caso. Hasta propuso vigilar día y noche los trabajos para garantizar la explotación.

El militar estaba con él. No puso peros a sus propuestas.

El alcalde se puso nervioso a estas alturas del encuentro. Sabía que en la Plaza de la Constitución no había sólo harapientos. Sino que allí estaban decenas de obreros sin nada que perder. Sin casa, sin familia, sin pasado, sin presente y, lo peor, sin futuro. Lo expresó.

Salmerón murmuraba... qué van a temer. Al ejército, al hambre, a perder a su familia. Muchos cientos de trabajadores no son de aquí, no tienen casa, ni parientes, ni tan siquiera amigos. Para ellos ese Mateo Alias es lo único útil. Confían ciegamente en él y le seguirán hasta donde haga falta.

Al escuchar el nombre, Feyton entró como en trance. Había oído hablar demasiadas veces de ese maquinista tan socarrón y hablador. Había escuchado tantas heroicidades de su empleado que se estaba arrepiñtiendo de no haberlo quitado ya de enmedio.

Un accidente, una piedra encima, una galería que se derrumba, un pozo inundado... Y zas, el problema resuelto. Pensaba en voz alta el inglés.

Para Salmerón eso sería aún peor. Su liderazgo es ya incuestionable entre la clase obrera. Su muerte se convertiría en el detonante de una revuelta. Y tampoco queremos muertes inocentes.

Los contertulios del alcalde se miraron.

El alcalde dudó y comenzó a darse cuenta de que los representantes de la Compañía, el ejército y el Gobierno no tenían reparos en disparar contra el pueblo si llegaba el momento. A partir de ese instante, Salmerón fue consciente de que tenía que tomar una decisión. O entraba en el juego del lado de los militares o se tenía que poner en el campo de los obreros. Ni una cosa ni otra le agradaba a este hombre cómodo, nada pendenciero y más bien cobarde hasta la exasperación.

Tardó poco en aclarar sus dudas. A toda costa quería mantener su status económico y político y eso sólo podía hacerlo poniéndose al lado del poder, que en aquella época era el ejército y su entorno político. Así que Salmerón volvió al redil del que se había salido tan sólo hacía unos minutos y por unos instantes, dialécticos.

El director de la Compañía, el militar y el gobernador tenían muy clara la forma en la que debían acabar con todo atisbo de revuelta. Emplear la fuerza si llegaba el caso.

En la plaza, las decenas de obreros congregados apuraban un cigarro tras otro y no se atrevían a concentrarse en grupos. Mateo les había dicho que no dieran motivos a la milicia de Pavía para que cargara contra ellos. Así que paseaban disimuladamente entrando y saliendo de la plaza, parando en la puerta del Municipal, por si veían alguna falda, y doblaban la esquina hacia la corta del mineral. Ni un roce con los soldados. Al contrario.

A las buenas tardes, se dirigían a las parejas de uniformados.

En el Consistorio cada vez quedaba menos de qué hablar. Total para qué. Todos asintieron con la cabeza la solución militar, si llegaba el caso...

Feyton no hizo ninguna concesión al alcalde. Ni tan siquiera de tipo humano. Mejorar las condiciones de trabajo de las mujeres y los niños o, por lo menos, aliviar la faena de éstos últimos. Nada.

Todo iba a continuar igual por algún tiempo.

Los reunidos se levantaron de sus asientos y dieron por concluido el encuentro.

Aún así, el alcalde pensaba para sus adentros que tanta dureza era un error que iba a costar caro.

Al salir, la comitiva lo hizo sin protocolo ni despedidas. Cada mochuelo a su olivo. El gobernador montó en el tren destino Huelva, Spencer Feyton marchó a su mansión; una docena de guardias civiles recogieron a Juan de Grandes y el alcalde permaneció en el Ayuntamiento hasta bien entrada la noche.

La Verdad recogió aquel encuentro como una simple reunión de cargos públicos. Tan sólo unas líneas dejaron constancia impresa de un acuerdo, de un pacto, el del silencio, que iba a dejar el camino expedito a la tan querida máxima militar de Ley y Orden. El texto, rescatado por algún coleccionista, no aportaba pruebas de lo que allí se gestó. Y eso que Federico Asensio fue informado por Feyton del triunfo de la mano dura, de la política del palo sin zanahoria. El inglés aplicaba con mano de hierro la idea del máximo rendimiento mínima inversión que le dictaba la Compañía desde Londres. Y cuando esta sugerencia capitalista no llegaba, él mismo se encargaba de presentarla encima de la mesa como si de una carta de principios morales se tratara. En realidad, lo era.

Mateo Alias entendió a los pocos días el motivo de tanto silencio. Iba a sentir sobre su cuerpo el precio de la revuelta que estaba planeando. Cada mejora social que pedía en su incendiario documento iba a ser contestada con un puñetazo, con una patada en las costillas. Cada punto del mensaje que dejó sobre la mesa de Feyton iba a ser aplicado sobre su propio organismo en forma de descarga, apaleamiento. Y cada acento, porque Mateo ponía los acentos. Era hombre de letras y de

imprensa y sabía escribir muy bien. Cada acento supondría una cicatriz en su piel. Una firma impuesta a fuego por los sicarios del capital, por los seguidores del poder político basado en beneficios bastardos, en intereses ocultos: las calcinaciones, que estaban destruyendo poco a poco una comarca, una forma de vida: la agricultura.

Cuando el jefecillo, oculto tras una sombra, apagaba sobre su espalda un cigarro puro, parecía ver el pozo donde incendiaban el mineral. El aliento del sargento se clavaba en su nariz como un dardo certero, como la bala de Feyton cuando salía de cacería. Eso sí, el inglés se iba a cazar lejos de la Cuenca pues los animales huían del olor a mineral, del hedor a sulfuro que angustiaba a los campesinos, que los ahogaba como si fuera su propia sangre la que les rebosaba por la garganta cascada a base de aguardiente y vino peleón.

La noche que apalearon a Mateo Alias no había luna. Parecía sacada de un folletín, de una novela de Doyle que tanto gustaba leer a la víctima.

Mateo salió de la mina cansado, casi exhausto. Llevaba tres días sin apenas dormir. Había tenido que hacer doble turno porque su compañero de máquina, Hernández, se destrozó una pierna al tratar de enmendar a pelo la correa de metal de la picadora.

El tinte indeleble del amanecer ocultó hasta las sombras que acechaban al cubano-catalán. Y eso que Alias era pájaro viejo en estas lides. Pero ese alba sólo quería dormir en el desván. No dio importancia a los ruidos, a las carreras de esquina y a los escarceos de las capas que se movían tras él.

El vasco le esperaba en casa preparando otro de sus ya famosos escritos. Revolucionario panfleto, a entender de los patronos.

Mateo, hundido por el sueño, recorrió los contados 700 metros que separaban la boca del pozo de su casa con paso cansino. Hasta se tuvo que apoyar varias veces en los quicios de las puertas para no perder el equilibrio. Algunos mineros que entraban en ese momento al tajo pen-

saron que iba borracho. Al doblar el recodo, junto a unos barriles de tripa malolientes que servían de basurero, fue zancadilleado. Dio con su cuerpo en el suelo y cuando se vino a dar cuenta de que había caído recibió una sopa de golpes que casi le dejan ciego. Patadas, puñetazos, palos, se mezclaron como si se tratase de un regalo envenenado. Cuatro hombres, dos de ellos con botas negras de cuero que delataban su origen militar, intentaron poner fin a la vida de Alias.

Podían haberlo hecho en el fondo de la mina. El accidente, tan socorrido a la hora de quitar de enmedio a molestos alborotadores, fue desestimado. Prefirieron la encerrona, la paliza a muerte contra el defensor de las libertades o no se sabe qué objetivo social-revolucionario.

Así que aquella andanada de golpes dejaron a Mateo tan maltrecho que no fue capaz ni de pedir auxilio. Las palabras no le salían del cuerpo, más bien al revés, se le atragantaban, como si cada gemido de dolor fuera un nuevo golpe, otro socavón en su estómago.

Fue precisamente el alcalde quien se encontró a Alias en el suelo. Salía del Municipal, risueño. Salmerón había cumplido esa noche el sueño de cualquier hombre que se precie. Entendía que la satisfacción sexual era el origen de tanta alegría.

El alcalde no reconoció a la víctima de la brutal paliza hasta que se decidió a ponerlo boca arriba. Cuando Salmerón vio el rostro ensangrentado de Mateo se quedó de piedra. Sabía que había sido cómplice de aquella estrategia de terror. Por eso lo dejó donde estaba y dio media vuelta. Se dirigió a la puerta del Municipal, donde aún permanecía una pareja de guardias. Les sugirió una orden al oído. Los dos militares se dirigieron al lugar del hallazgo y procedieron a levantar el cuerpo de Alias. Lo echaron sobre un pequeño carro de hortalizas que estaba en la esquina, junto a la frutería, y recorrieron los 30 metros que quedaban a Mateo para llegar a casa.

Curioso. Con la cantidad de kilómetros que había andado Mateo en toda su vida iban a ser aquellos metros de nada los más largos de su carrera obrera. El camino se le hizo eterno.

Al entrar la guardia con el apaleado obrero el Vasco se temió lo peor. Y se puso en guardia. Agarró un brasero con las dos manos e hizo un ademán agresivo. Los guardias se limitaron a depositar a Mateo sobre la cama y a largarse de allí tal y como habían entrado, sin avisar. Goyoaga soltó el brasero y contempló el cuerpo estático de su compañero. No supo reaccionar. Se echó a llorar, nervioso. Salió corriendo, despavorido de la casa. En su alocada carrera pensó en la Perla. Claro, sólo ella se atrevería a ayudar a Mateo. Entró en el prostíbulo y subió hasta la habitación de la madrileña. Se avalanzó sobre ella y le sollozó auxilio.

La Perla se enfundó un trozo de colcha que había rescatado del colchón y acompañó a Goyoaga. Los dos corrieron, alocados, hasta el desván compartido. Allí, sobre la cama, yacía el maquinista.

La Perla cogió sobre su regazo a Mateo y le miró. Un suspiro de éste bastó para encender sus cuidados. Goyoaga aún no atinaba. La Perla puso agua a hervir y desnudó al maquinista. Lo lavó y curó las heridas, las brechas que traía en la cabeza y en el torso y puso un trozo de hielo que cogió de las tejas en su maltratado estómago. Era la única anestesia que tenía.

Cuando terminó de limpiar a Mateo, ella y el Vasco se fueron al hospital de la Compañía.

Allí atendieron a Mateo sin prisas.

Lo siento. Ha habido otras urgencias. No los hemos podido atender antes. Les espetó un médico de blanco semblante en la sala de espera.

Los galenos pararon, por los menos, las hemorragias de Mateo y le pusieron tal cantidad de vendas que más bien parecía una momia andante.

Y a casa. Le insistieron los médicos.

Los tres salieron del hospital. Bueno, Mateo iba en volandas. Llegaron al desván y le dejaron dormir.

Cuánto trabajo le había costado a Mateo conciliar el sueño. La última vez que pensó en el cansancio fue al salir de la mina del doble turno. Horas después estaba literalmente destrozado y sin fuerzas para hablar.

El percance fue debidamente aireado por los caciques y servidores del inglés. La versión de éstos argumentaba que Mateo fue agredido en plena calle por otros trabajadores, caldeados en una discusión a la que añadieron ingentes cantidades de alcohol, con tan mala elección que los deslenguados describieron bebidas que difícilmente se podían pagar con el sueldo que se sacaba de la mina.

Mateo tardó tres días en volver al trabajo. Y cuando lo hizo cojeaba tan visiblemente que el gordo ojeador de la Compañía se empeñó en que así no era un sujeto aprovechable laboralmente. Lo envió para casa una semana. Le descontaron de la nómina los días que estuvo sin manejar la máquina.

El escarmiento dado a Mateo iba a conseguir todo lo contrario. Algunos trabajadores, los osados, decidieron tomarse la justicia por su mano. Pero los más se guardaron las ganas de venganza para otra ocasión.

Al regresar Mateo al trabajo lo hizo con inimaginable normalidad. Nadie diría que siete días antes lo habían dejado como a un guiñapo.

Fue a cobrar. Tendió la mano, llena de cortes y cicatrices, al gordo ojeador para que le diera los cuartos de real.

A trabajar, gritó el ojeador tras apoquinar lo sudado.

Mateo enfiló el pasillo y bajó al pozo, donde fue recibido con emocionados abrazos por sus compañeros. Tuvo él mismo que calmarlos para que no alteraran el ambiente más si cabe.

Todavía no. No era el momento de agitar la situación. Hubiese sido muy fácil utilizar su escarmiento como arma de venganza. Pero no. No

lo hizo en el entierro de Paco Real y tampoco en el de Juancho y Estiarte. Su frialdad inescrutable no fue ni tan siquiera entendida por los trabajadores. Tampoco por la Compañía, por Feyton.

El inglés y el gobernador tenían tan claro que aquel escarmiento pactado iba a ser el detonante de la revuelta que prepararon un retén de 50 guardias civiles en el entorno de la explotación. Feytoon y Valverde de Osuna esperaban que al volver Mateo al trabajo la situación se le escaparía de las manos. Pensaban que los obreros, incitados por el propio maquinista agredido y aún con huellas palpables de la paliza, se lanzarían espontáneamente contra las fuerzas del orden, apuntadas desde el principio como verdugos. Así tendrían un pretexto para responder a los alborotadores. Era lo que les faltaba, que alguien apretara el botón anímico de la revuelta obrera.

Pero no. Todo quedó en gestos enrabiados, tiznados y contenidos en indignación oculta.

La situación quedó controlada. Los guardias se tuvieron que marchar y el jefe del Regimiento de Pavía justificó su pasividad ante Feyton y el gobernador diciendo que nadie movió ni un sólo dedo, ni una sola cuerda vocal contra su gente, bien pertrechada y preparada para repeler una avalancha de desarmados.

La jornada fue dura para la víctima del escarnio. Por eso al concluir el turno se sintió verdaderamente liberado. Un peso se había quitado de encima, una responsabilidad que de momento logró mantener intacta ante las mismas narices de los militares. Mateo había sido capaz de controlar la situación.

Al llegar ese día a casa echó mano de una biografía de Goya que siempre llevaba en su maleta y repasó parte de los cuadros, reproducciones que le habían regalado en Zaragoza, del maestro aragonés. Quizás de casualidad paró su mirada en los fusilamientos del 3 de mayo de 1808. Ochenta años antes.

Miró aquella fuente de inspiración goyesca que representaba la perpetuación de las notables y épicas acciones de la gloriosa insurrección contra el tirano francés. Se detuvo en el recuerdo del ataque del pueblo contra la caballería de Murat. Los fusilamientos en las tapias del Retiro, en la Casa de Campo, en Leganitos...

Mateo descubría una vez más la descripción más angustiosa de las terribles expresiones de los que estaban a punto de perecer bajo el fuego. La figura del patriota que alza los brazos al cielo en señal de protesta, como poniendo a Dios por testigo de aquella brutal injusticia que le hace morir por dignidad y por la independencia de su patria, narraban las notas de la época, de los escritos de imprenta que, casi originales, cuidaba Mateo como joyas heredadas. Esa dignidad era su caballo de batalla.

La misma dignidad que le había incitado a levantarse contra la opresión de la explotación. Mateo era un romántico, un patriota mal entendido al que no tardarían en tildar de socialista, incluso de anarquista, de hijo de Bakunin.

Pero nunca fue ni lo uno ni lo otro.

En la hilandera catalana donde laboró y se casó vio por primera vez el rostro de la injusticia social. Legiones de obreros, mujeres y niños trabajando de sol a sol. Patronos que sólo pensaban en la usura y un ejército guardián de aquel estado de cosas era bastante motivo para sublevarse aunque le costara la misma vida.

Mateo recordó una vez más el 2 de mayo de Francisco de Goya. Nunca supo por qué aquel cuadro le atraía tanto. Parecía un personaje de la epopeya madrileña. Pero seguía sin saber por qué sentía esa especial atracción por los rostros descompuestos de los que iban a caer bajo el fuego francés.

El encuentro íntimo con la Perla iba a suponer para Mateo Alias una oleada de recuerdos. Imborrables imágenes que discurrían por su cabeza a borbotones. Perla no era su esposa. Pero había una explicación para la ternura: Una ya no estaba presente. La otra, sí. Mateo guardaba demasiadas vivencias en el desván, noches enteras de insomnio buscando una explicación al eterno viaje, al no retorno. Aún así, él nunca llegó a encajar el gran vacío que le dejó su esposa. Esa muerte le hizo quizás más valiente, más despierto, más lúcido ante la adversidad. Por eso le daba igual todo; total qué iba a perder si la vida le había quitado ya aquello que más amaba, profundamente.

Mateo creyó estar a salvo, en paz con el destino. Era como si una vez hubiese firmado la paz, pagado la deuda con la felicidad, objeto ya para él inalcanzable. Hasta tal punto que pensaba en la felicidad de los demás, pero en la de aquellos que habían sufrido las consecuencias de la explotación brutal de un sistema de trabajo que tenía al hombre por víctima. Para Mateo, la filosofía del obrero era el vivir dignamente. Al patrono, lo odiaba. En su interior amaba la lucha de clases, forma, representación de enfrentamiento que suponía para él un motivo vital.

Estas disquisiciones no aturdían, sin embargo, tal y como él hubiese deseado la inconsciencia de su subconsciente en proporcionarle nuevas sensaciones amorosas.

Esa noche, la velada de la paliza y la posterior madrugada amarga lo vio claro. Perla había sido su ángel, su mano salvadora. La prostituta dulce que le aguantaba la mayoría de las noches las letanías eternas de la pérdida causa obrera de finales del siglo XIX se estaba convirtiendo en alguien.

El día que conoció al Vasco y pidió a Perla que metiera mano a Goyoaga para despistar a los caciques y chivatos ya sintió muestras indiscutibles de atracción. Pero como nunca aceptó un amor distinto al de su esposa no se daba por enterado de aquellas sensaciones que empezaba a sentir.

Perla se llamaba en realidad Eva Argüelles y, aunque de apellido ilustre, nada tenía que ver ni con ilustrísimas, ni con noblezas. Perla era hija de la lujuria extendida como azote de herejes. Su padre, al que nunca llegó a conocer ni a llamar tal, sólo existió para concebirla biológicamente. Después de aquel acto animal, su madre, una criada de una pujante tienda de ultramarinos, se encargó de traerla al mundo por obligación. Al nacer, la cedió a una adinerada familia del Madrid señorial. La dejó desnuda, de ahí que sus nuevos padres le pusieran Eva, como Dios la trajo al mundo. Y en la calle Argüelles. He aquí la explicación a su nombre y a su primer apellido. Del segundo, ni ella misma se acuerda y si alguna vez lo hizo jamás quiso hacer apología de la madre que la parió, expresión que nunca salió de sus labios ni tan siquiera por accidente.

Su infancia transcurrió sin pena ni gloria entre los algodones clasistas que le proporcionaban sus padres adoptivos. Un ama de casa de buena familia, dueña de labores y hacendada heredera que no logró transmitirle buena costumbre alguna. Su padre adoptivo, hombre de leyes, notario de gran valía al que le sobraba el dinero. Nada se le pegó.

Perla parecía fabricada para el sufrimiento, para la vida a tropezones, para reírse del destino en su propia cara, para pasear por la vida siempre en el filo de la navaja, de la amenaza, de la burla. Perla tuvo la oportunidad de ir a los mejores colegios de Madrid. Lo hizo. Entró por la puerta como una señorita y salió, expulsada, al negarse a tocar los cojones a un feo profesor de latín que, oculto tras un miserere, quería abusar sexualmente de ella.

Qué casualidad. Ella que fue arrojada fuera de un colegio de alcuernia por negarse a las caricias de un profesor se iba a convertir en la reina del burdel. Paradojas de la vida. Eva Argüelles, pulcra y digna, de buen vivir, iba a pasar de la noche a la mañana a revivir el cuento más cruel de la vida.

El día que la echaron del internado regresó a casa con la lección mejor aprendida que nunca. Contaba ya 14 años. Exagerada edad para valerse por sí misma. Sus padres adoptivos no entendieron el por qué de su expulsión colegial. La madre, escandalizada por los comentarios de sus ricas vecinas del barrio; su padre, agobiado por los mensajes de abogados, notarios y demás jauría de peso social no pudieron soportar ser el centro de las lenguas viperinas en el cuidado reino de la hipocresía. Así que dispusieron un viaje al campo de Eva para conocer a sus parientes de la montaña y si te he visto no me acuerdo. Por segunda vez, Eva sufría la patada en el trasero de la vida. Qué existencia. Regalada de pequeña, repudiada de adolescente.

Su viaje al campo se quedó en un paseo hasta El Escorial, donde la dejó la diligencia. El cochero le entregó un sobre con reales para vivir cándidamente medio año y ¡a espabilar chiquilla!

Esto se acabó.

Eva Argüelles comenzó la tercera parte de su existencia.

No tuvo más remedio que dedicarse a la servidumbre, único camino que quedaba a las mujeres de la época que habían sido desechadas de las fábricas por débiles o desdeñadas y repudiadas por sus maridos.

Eva encontró trabajo en casa de una dama de corte señorial, aunque un poco puta. Su acogedora mecenas era la dueña de un burdel. Eso sí un burdel coqueto y apartado de escándalos. Estaba ubicado al final de la Carrera de San Jerónimo. Muy cerca del Parlamento que en aquellos años se convertía en juez y parte de la vida nacional.

Hasta aquel burdel llegaban afamados caballeros, hasta hacía pocos minutos reputados prohombres patrios que se dejaban la lengua en sus escaños velando por las sanas y buenas costumbres de este país. El apéndice bucal ocuparía más tarde otros menesteres no tan reputados aunque asimismo practicados.